

ta. Asimismo el hecho de que los crucifijos estén *indianizados* en varios grados es muy interesante: sólo el D-04 sigue estrictamente europeo, quizás con el D-01 de doble línea. Los otros se han *indianizado* con la añadidura de dobles círculos (que pueden remitir a los frisos de los palacios reales decorados con este mismo motivo, símbolo de poder), de un pedestal estriado o con rombos (que recuerdan el motivo de la tierra) o de cascabeles colgando de la parte horizontal (cuyo valor religioso prehispánico no se debe descartar). Esta "contribución autóctona a la iconografía cristiana" merecía una discusión más profundizada por ser muy escasos o poco conocidos los ejemplos tan tempranos.

Muy significativa también es la acusación de moralidad que formula Andrés de Tapia en contra del in-

térprete Melchor Ramírez, casado con una indígena de Tepeucila y quien adoptó numerosas costumbres indígenas (residencia, alimentación, juegos, danzas, etcétera) Ya se discierne una postura defensiva contra los españoles "contaminados" por el modo de vida indígena, lo cual contribuye a enriquecer el asunto del mestizaje cultural de los españoles en Nueva España estudiado por Solange Alberro o Pedro Carasco.

Para concluir, un caso ejemplar y ya revelador de la evolución de la sociedad novohispana hubiera merecido unos comentarios. Se trata del intento, consignado en el pleito, de entregar directamente a Isabel de Tapia el peso en oro de las joyas exigidas: "porque la dicha doña Isabel les pidió ciertas joyas para los niños y porque no las tenían hechas, le enviaba el dicho tejuelo". Esto hu-

biera ahorrado al artesano indio la larga labor inútil de realizar esas joyas que siempre acababan fundidas cuando las entregaban en México. Conscientes de la indiferencia de los españoles hacia su trabajo artístico, los indios de Tepeucila se orientan así espontáneamente hacia una economía colonial siniestra en la que su identidad automutilada acabará inexorablemente en el olvido.

Si tales consideraciones son posibles ahora y enriquecen nuestra visión de la sociedad colonial novohispana (1545) es gracias al notable trabajo de paleografía, codificación y análisis llevado a cabo por Ethelia Ruiz y María del Carmen. Sólo podemos agradecerles el haber logrado convencer al INAH de poner al alcance del público en una edición de calidad documentos que permanecen demasiadas veces confidenciales.

El género biográfico y el papel del individuo en la sociedad

Antonio Rubial*

Francisco Iván Escamilla, *José Patricio Fernández de Uribe (1742-1796)*, México, Conaculta (Biografías), 1999.

Uno de los libros de historia más apasionantes que he leído y que me ha dejado una profunda huella es el *Agustín de Hipona* del historiador inglés Peter Brown. A partir de una de las personalidades más importantes de la filosofía cristiana, este autor explica una época de profundas transformaciones y nos muestra cómo se comportaron un hombre y una provincia romana durante

el periodo que precedió a la desaparición del imperio de Occidente. Con esta obra se abrió, a mi parecer, una novedosa veta que ampliaba las perspectivas del género biográfico, género que poseía por otro lado una larga y rica tradición desde la Antigüedad.

En efecto, desde que Plutarco escribiera en el siglo I de nuestra era sus *Vidas paralelas*, el interés por dejar constancia de los hechos más significativos de los hombres eminentes ha sido una constante en la literatura occidental. Durante la Edad Media esa inquietud se expresó sobre todo en el género hagiográfico, que exaltaba las virtudes y la vida interior de los santos, creando modelos ejemplares en los que el in-

terés se centraba más en la enseñanza moral y menos en los hechos realmente acaecidos. Al recuperarse la biografía clásica durante el Renacimiento se le agregó el análisis psicológico que intentó explicar la intencionalidad existente detrás de las acciones de los personajes. Con la exaltación del individuo nacida en esa época, la biografía se volvió una rama importante de la escritura de la historia y tuvo excelsos representantes, desde Roper en la Inglaterra de los Tudor hasta Voltaire en pleno Siglo de las Luces. En el siglo XIX, tanto el Positivismo como el Romanticismo tomaron la biografía como una expresión de sus inquietudes; el primero resaltando la necesidad de documentar fielmente las accio-

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

nes de los personajes y el segundo dándole un carácter novelesco.

En nuestra tradición historiográfica actual en México, donde la escuela francesa de los Annales ha tenido una fuerte influencia, la biografía es vista como un género histórico menor, asociado más a la visión romántica de una narración novelada, que a la de una historiografía seria; los grandes procesos económico-sociales y el devenir de las comunidades son considerados como temas más importantes que el estudio de figuras individuales. Ya se ha escrito bastante sobre los Napoleones o los Juárez y no es necesario explicarse la historia a partir de las personalidades.

En un medio como éste, en el que la biografía está tan desacreditada en el ámbito académico, es loable que Conaculta introduzca en su muy amplia producción una colección que lleve por título *Vidas para leerlas*, haciendo alusión a la pionera obra de Plutarco. En esta colección salió hace unos meses el libro que hoy reseñamos y que sigue muy de cerca el modelo biográfico que realizó Peter Brown en su biografía de san Agustín. Una época de la historia novohispana, la segunda mitad del siglo XVIII, se nos presenta a partir de la vida de uno de sus personajes. Sin embargo, el elegido no es una figura de primer orden, no es un virrey como Bucareli o Revilla Gígedo, ni una de las grandes luminarias de nuestra cultura ilustrada como Clavijero o Alzate. El personaje elegido es un canónigo de la catedral de México hasta ahora poco conocido, pero cuya actuación en su época fue muy relevante, pues participó activamente en la vida de numerosas instituciones virreinales y dejó impresas varias de sus obras. Ivan Escamilla, el joven y talentoso autor del ensayo, no sólo nos da a conocer la actuación de este personaje, sino que además, por medio de él, nos introduce

en una época que hasta ahora sólo ha sido estudiada como el antecedente de la Independencia.

José Patricio Fernández de Uribe, el biografiado, nació en una familia de labradores de Chalco que con el tiempo se vincularon a los círculos comerciales de la capital; gente de medianos recursos que, como muchos de sus congéneres desde el siglo XVI, vieron en la carrera eclesiástica un buen medio para buscar el ascenso social, tanto de sus hijos como de su propio linaje. La educación que José Patricio recibió en el colegio de san Ildefonso (donde estuvo como becario y que era un medio indispensable para iniciar tal ascenso) sirve de pretexto al autor para hablarnos del impacto que tuvo la labor pedagógica de los jesuitas y la introducción de sus novedosos métodos educativos; a partir de ahí el personaje se vuelve la llave de entrada al mundo que vivió durante su juventud y a los hechos que la marcaron: la expulsión de los jesuitas (entre quienes estaba su maestro Clavijero); las reformas borbónicas (que influyeron en su posición política en favor del regalismo); y la secularización de las parroquias mendicantes (en la que participó activamente como colaborador del arzobispo Lorenzana, quien como su protector lo introdujo en la universidad y lo nombró párroco en el Sagrario).

Una vez explicado el contexto social y la situación personal del biografiado, Iván Escamilla nos muestra de modo magistral el tono de la vida política e institucional que se vivía en una época de profundos cambios, durante la cual las viejas instituciones se vieron afectadas por los vientos de renovación que soplaban con la Ilustración. La participación activa de Uribe en la universidad (de la que fue nombrado rector interino en un periodo conflictivo) es un hecho hábilmente utilizado por

el autor para hablarnos de una de las instituciones más conservadoras de la Nueva España; en ella, los planes de estudio seguían atados a la vieja tradición escolástica, la desigualdad entre sus miembros era notable y había dejado en un segundo plano su actividad educativa para convertirse en un medio de colocación y ascenso sociales para algunos miembros del clero.

Por otro lado, la entrada de Uribe al cabildo de la catedral como canónigo penitenciario y su participación como comisionado negociador de esta corporación en varios asuntos, es utilizado como un buen pretexto para hablar de las actividades económicas y sociales de esta institución criolla y de sus vínculos con los demás cuerpos sociales. Un ejemplo de esa actividad negociadora fue la creación de la Junta de Ciudadanos promovida por el virrey Gálvez para paliar la difícil situación de las masas populares de la capital a raíz de la crisis económica de 1785. Con una nueva visión de la caridad como filantropía, esa Junta, en la que Uribe tuvo un papel destacado, fomentó las obras públicas para emplear a numerosos desocupados, repartió las limosnas que el arzobispo y la oligarquía donaron para los miserables y promovió la venta a precios módicos de los bienes del diezmo que cobraba la catedral. Esta visión ilustrada de la filantropía racional es la que animó también la creación de una escuela para niñas pobres anexa al colegio de Vizcaínas; Uribe, uno de los animadores de esta labor como miembro activo de la cofradía de Aranzazu, se nos presenta inmerso en un proyecto que buscó reformar la instrucción pública como parte de un afán ilustrado que veía a la educación como una base fundamental para implantar el progreso.

Finalmente una serie de sermones escritos por Uribe, algunos para las exequias de los virreyes o del

mismo Carlos III y otros para conmemorar a la virgen de Guadalupe y a otras devociones, son los materiales que permiten a Iván Escamilla construir tanto la visión política y religiosa de un criollo, como las condiciones críticas que se vivían en España y en Nueva España durante la última década del siglo XVIII. Junto a la decadencia política que significó el gobierno de Carlos IV se nos presentan los problemas que enfrentaron una vez más a las dos máximas autoridades del virreinato, el arzobispo Núñez de Haro y el virrey Revilla Gigedo, teniendo como fondo la guerra de España contra Francia. En ese marco político se desarrolló también la última disputa teológica del siglo XVIII sobre las apariciones de la virgen de Guadalupe; Uribe fue el encargado de censurar el escandaloso y excéntrico sermón del padre Mier, último episodio de un guadalupanismo que pretendía explicar el milagro a partir de la racionalidad ilustrada. Con este broche se cierra un libro lleno de novedosas propuestas, por el que transitan las acciones de un personaje y los cambios que vivió la Nueva España que le tocó vivir. Con una afortunada combinación de biografía y de historia social, política y cultural esta obra nos ilumina una época y nos la hace cercana y humana.

Además del numeroso acervo do-

cumental que maneja y de la cantidad de fuentes secundarias que consultó, el libro de Iván Escamilla tiene a mi modo de ver varias cualidades que merecen destacarse. Gracias a él podemos reconocer la segunda mitad del siglo XVIII como una época que merece estudiarse por sí misma y no sólo como un antecedente de la Independencia. Con su estudio se resalta la importancia de la Iglesia y de las comunidades eclesíásticas en la sociedad novohispana y se muestra a una institución que colaboró activamente con la política regalista, cuyo éxito se debió en buena medida a ella, y no sólo como víctima de tal política. La Iglesia y sus miembros son vistos como piezas fundamentales del acontecer histórico de ese momento; insertados en el poder, en los negocios y en las relaciones familiares participan activamente en el proceso de adecuación entre la nueva realidad y los viejos valores.

Una segunda cualidad de este trabajo está en la explicación de unos procesos generales a partir de hechos particulares. Al hacer un estudio de caso, el autor nos pinta el paradigma social en medio de una situación de ruptura. Gracias al análisis del comportamiento de un personaje que actuó en condiciones profundamente cambiantes y que tuvo injerencia en varias instancias claves relacionadas con esos

cambios, se iluminan los mecanismos que vinculan a los individuos con los grupos y a las normas con las prácticas. En este texto queda de manifiesto la relación existente entre el actor social y su entorno.

Y la última, y no menos importante de sus cualidades, es aquella relacionada con la forma literaria en la que el texto está escrito. Su claridad y precisión van unidas al uso de un lenguaje imaginativo y lleno de recursos que hacen de este trabajo no sólo una obra histórica sino también un ameno ensayo literario. A la vez que una historia analítica rigurosamente construida y sólidamente sustentada en un aparato crítico, el libro de Iván es una pieza dirigida a la difusión, donde lo anecdótico se convierte en un recurso explicativo que articula la estructura narrativa y sustenta la interpretación académica. Sin duda esta es cada vez más una exigencia que deben llenar los textos históricos en una época, como la nuestra, en la que la historia, tomando distancia del espejismo que la quiso convertir en una ciencia, está recuperando su carácter literario y sus métodos narrativos tradicionales. El libro que hoy reseñamos puede ser un buen ejemplo de las nuevas corrientes que están recuperando la escritura de la historia para restituírle una de sus funciones más representativas: la de ser un arte del discurso.

La memoria del exilio: una forma de inserción en la historia

Salvador Rueda

Dolores Pla, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, 2a. ed.,

México, Conaculta/INAH/Cooperación Española, Embajada de España, 1999.

Hace casi dos décadas, un libro en edición humilde y papel áspero, de pequeño formato y portada sencilla, con la fotografía de un grupo de